

Madrid, 23.11.2008 - Sermón sobre Mateo 25,31-46

¿Cómo puede cambiar el hombre?

Rainer Sörgel

Introducción: El juicio está al servicio de la salvación

No cabe duda, esta imagen del gran juicio final es un texto impactante, es un escenario estremecedor que despierta sensaciones muy fuertes en nosotros. Al manejar casi a diario semejantes pasajes, a los teólogos e iglesias a veces nos ha hecho perder la sensibilidad para percatarnos de cuán atrevido y arriesgado es el hablar de un juicio final de la humanidad, y cuánta audacia hace falta para decir: "¡Éste va a ser el desenlace de todos los seres humanos!". Porque al decir algo sobre el fin del mundo y sobre el juicio de la humanidad, de alguna forma se pretende ni más ni menos que decir una palabra de absoluta validez para el presente.

En realidad es esta la dirección hacia la que hay que leer e interpretar todas las palabras sobre el juicio y sobre el fin del mundo. Lo que está dicho para el futuro, en realidad quiere alcanzarnos en el presente. El evangelista se sirve de la fuerte imagen del juicio para alcanzar su objetivo, que es: sugerir un nuevo estilo de vida a sus oyentes en el presente. Por eso debemos leer este texto escatológico sobre el juicio como un texto de salvación. O sea: el juicio está al servicio de la parénesis, el escenario apocalíptico del fin está al servicio de la exhortación; o como decía un teólogo suizo (K. Barth): "El **NO** de Dios siempre está al servicio de su gran **SÍ**". En otras palabras: también este texto, por muy cruel que a primera vista pueda aparecer, no tiene la intención de condenarnos, sino pretende salvarnos, curarnos y restaurar en nosotros la imagen de nuestro Creador.

Creo que tiene razón Eugen Biser, un ya muy viejo teólogo alemán, que opina que hay que volver a lo que el evangelio es en su esencia: una religión salvífica y sanadora. Y una vez que miramos nuestro texto, que nos dibuja el escenario del juicio final, con estos ojos, nos damos cuenta que **en realidad describe - a modo de un gran juicio - el proceso salvífico que ocurre dentro de cada uno de nosotros**: La crisis del juicio (palabra que no aparece) sería un acontecimiento en nuestro alma. Todos nosotros participamos de una forma mística en Cristo. La dirección en la que va este proceso es de un estado inconsciente hacia un estado cada vez más consciente de esta participación mística. Son los momentos sorprendentes que nos hacen avanzar cuando nos damos cuenta de que en el fondo del aburrido día a día está escondido Cristo. Este proceso va acompañado de una separación. Los que están a la derecha

y a la izquierda no son dos grupos de personas, sino es la división y escisión que experimentamos en nuestro alma al encontrarnos con Cristo. Si queréis, Cristo aclara el caos sentimental en nosotros. Las partes positivas podemos afirmar e integrar en nuestra personalidad y superar las negativas. Hay tres figuras que lideran todo este proceso: el Hijo del hombre - humanización, el Pastor - pastoral, y el Rey - símbolo de una personalidad íntegra y plenamente desarrollada.

Entonces, una vez que entendemos nuestro texto como una palabra salvífica, sin minimizar para nada las exigencias éticas de Jesús - sino precisamente para poder vivirlas -, lo más lógico es que busquemos en nuestro pasaje elementos que nos podrían ser útiles para recorrer dicho proceso. Tres elementos quisiera destacar.

1. Podemos cambiar si ampliamos nuestra perspectiva

El primer aspecto que aparece en el proceso sanador y salvífico en nuestro pasaje tiene que ver con el propio género literario de este discurso escatológico y con la estructura del evangelio de Mateo en general. Tanto la estructura del evangelio como este texto sobre el juicio final produce en nosotros una enorme ampliación de horizonte.

Ej. Me gustaría compararlo con una experiencia que tuve antes de trasladarme a España. Pasaba por semanas difíciles. Me costaba mucho tomar la decisión de dejar todo atrás y dudaba mucho. Entonces, en nuestras últimas vacaciones subí yo sólo a un monte. Cuando llegué al pico y pude ver todo el panorama de las montañas, de los valles, lo menudo que se habían quedado las casitas y carreteras... fue como si juntamente con la ampliación de mi perspectiva visual también se me habían aclarado mis pensamientos y dudas.

De una forma similar conduce el evangelista a sus lectores, a nosotros, a lo largo de los cinco discursos que dan la estructura a su evangelio, por una sucesiva ampliación de horizontes. En el **sermón del monte** Jesús se dirige a sus discípulos, que aparecen en primera fila. Luego en el **discurso del envío** aparece el pueblo de Israel. En el **discurso de la Iglesia** se sobrepasa la frontera nacional de Israel. Y finalmente aparece en el **discurso sobre el fin del mundo** toda la humanidad en el escenario. Esto es "memoria histórica" en su máxima expresión. Aquí todos los provincianos son desafiados a mirar sobre el borde de su sartén. Con este escenario se crea la perspectiva más amplia, más universal y global que nos podemos imaginar. Parece que el mero uso del género escatológico quiere someternos a un ensanchamiento de mente, a una ampliación de nuestro horizonte, quiere que miremos el destino humano por lo menos una vez en nuestra vida en su totalidad. Lo que quiere

comunicar queda muy claro: si la humanidad sigue tal como es, al final habrá una catástrofe incomparable. Y también parece que Jesús, que usaba tal lenguaje, creía que es esta mirada a la globalidad que tiene un efecto sanador en nosotros.

A lo mejor sirve la experiencia del filósofo Schopenhauer para ilustrarlo. Este pensador creía que todo el mundo sería algo como la "Representación" de una "Voluntad" primitiva. El desarrollo y el acontecer de la humanidad y de la historia seguía, según este pensador, al impulso de una energía ciega que no pretendía otra cosa que realizarse y materializarse. Lo cual da lugar a un mundo que no conoce consideración, sino sólo una competencia sin contemplaciones. Finalmente, Schopenhauer llega a la conclusión: lo único que puede cambiar este fatal destino de un suicidio común, sería la negación de esta voluntad por medio de la misericordia. Aunque la vida de Schopenhauer no permite ver mucha misericordia, sí tenía razón: En el momento en el que nos imaginamos realmente dónde va a parar la humanidad si sigue por el camino actual, parece que ya no queda ninguna duda: ¡Todo el destino de la humanidad depende de si conseguimos ser más misericordioso, más atento, más sensible y más considerado los unos con los otros!

2. El proceso sanador como humanización del hombre

El segundo elemento que nos puede ayudar a recorrer dicho proceso tiene que ver con el "Hijo del hombre" que parece que preside todo el proceso. La idea del "Hijo del hombre" es muy antigua, y en principio posiblemente se pensaba en el hombre primitivo quien regresa a la humanidad como ser divinizado de la presencia de Dios. El pasaje más importante aparece en el profeta Daniel 7. Ahí, el profeta describe cuatro imperios presentándolos como animales: Babilonia es un león; el imperio de los medos aparece como un oso; los persas como leopardo y Alejandro como bestia. Frente a tales gobiernos totalitario y tiránicos aparece finalmente el eterno reino de Dios - y éste es representado por el "Hijo del hombre", es decir tiene una cara y un carácter humano. En otras palabras, el proceso que nuestro pasaje describe es un proceso profundamente humanizador; además en dos movimientos:

El "Hijo del hombre" se suele describir como uno que "**VIENE**". Aquel representante de lo humano por antonomasia siempre se imaginaba como alguien que desde la presencia de Dios viniera hacia nosotros los hombres. Lo que significa ser humano en su esencia es algo que nos viene de Dios y se acerca como una inmensa posibilidad para nuestras vidas.

Pero la novedad del evangelio es que aparece otro movimiento en el Hijo del hombre, porque ahora también es aquel que "**VA**". ¡Esto es nuevo! La **ida** del Hijo del hombre evidentemente tiene que ver con la ida a la cruz, con la resurrección y elevación. Pero cuando

Cristo vuelve al cielo no ha perdido su humanidad, sino la introduce en la presencia del Padre. En la teología hablamos de la "incorporación de la humanidad del Hijo en la esfera trinitaria". En otras palabras: Dios mismo queda humanizado. Dios mismo se ha hecho nuestro y para siempre ha quedado afectado por la cruz.

Quiere decir que el proceso sanador, del que estamos hablando, también transforma nuestra imagen de Dios. Sólo la fe en un Dios afectado por lo humano nos puede capacitar para ver en nuestro prójimo su cara y tratarlo con la dignidad y la atención que le corresponde.

3. El proceso sanador como experiencia religiosa

El último aspecto que me parece importante para el proceso sanador en nosotros está relacionado con la aparente sorpresa que se produce en el juicio final. Ambos grupos, tanto los que están a la derecha como los que están a la izquierda quedan sorprendidos porque no se han dado cuenta ni de su obrar mal ni de su obrar bien. La forma de cómo actuaban les parecía lo más natural del mundo. No sabían que su actitud frente al prójimo estaba místicamente relacionada con Cristo mismo. Por lo cual me parece que la única forma de concebir esta "ruptura de niveles" es comprender el nuevo actuar como algo que forma parte de la experiencia de fe/religiosa. Además, sólo de esta manera es posible escuchar el rigor ético de Jesús en Mateo sin caer en un legalismo ya superado por el evangelio. La experiencia de fe es algo como una experiencia fundamental y básica que conlleva una serie de experiencias complementarias, por ejemplo una experiencia estética, otra artística, una experiencia moral/ética y también una experiencia de una fraternidad universal de todos los seres humanos.

Un interesante y conocido ejemplo podemos encontrar en Henri Dunan, el fundador de la Cruz Roja. En la terrible batalla de Solferino bajo Napoleón III había 40.000 heridos. Henri Dunan corría por el campo de batalla y comenzó a gritar "pero todos estos son nuestros hermanos" y decidió espontáneamente atender a los heridos de ambos ejércitos - una experiencia de fraternidad universal.

Los exegetas han debatido mucho sobre ¿quiénes son "todas las naciones"? - ¿de verdad serán juzgados también los cristianos! Han discutido también sobre ¿quiénes serían "estos hermanos más pequeños de Jesús" - todas las personas necesitadas, sólo los cristianos, o más exclusivo todavía sólo un grupo especial dentro de la comunidad cristiana?

Una vez que vemos que el principio de fondo es "**la trascendencia de la misericordia**" también nos damos cuenta de que estos debates quedan obsoletos. Esta extraña

afirmación: "...a mí me lo hicisteis..." indica una ruptura de niveles. Todo comportamiento frente al otro ser humano, frente al prójimo, tiene un alcance más allá de lo que parece. En el otro brilla la cara de Dios mismo, lo humanamente más determinante. El otro se convierte en un símbolo de Dios que hace trascender mi actitud. El encuentro humano se convierte en una experiencia de Dios.

Ahí está también la diferencia entre la tan reclamada "solidaridad humana" y la "caridad cristiana". La solidaridad humana está motivada por una ayuda mutua de una especie que ha aprendido que para sobrevivir necesita solidarizarse. En este sentido dijo Albert Camus: "El humanista ama a toda la humanidad sólo para no tener que amar a su prójimo".

En cambio la caridad, el amor cristiano no es lo mismo que "solidaridad". Porque en el amor cristiano se produce una ruptura de niveles que trasciende al otro hacia Dios. Por eso, el nuevo actuar no se puede exigir a modo de un imperativo categórico, ni a manera de una ley bajo amenaza de exclusión, sino sólo puede darse como parte integrante de la experiencia de fe, de una vivencia auténticamente religiosa.

Conclusión

Me gustaría que este texto sobre el juicio final, o como algunos teólogos lo han llamado "parábola del juicio final", nos acompañe. No como un texto imposible de alcanzar, ni como una condena, sino como imagen y palabra sanador que habla del juicio como un proceso aclaratorio dentro de cada uno de nosotros.

Amén.